

# Un Enfoque Mexicano del Positivismo Uruguayo

Por ARTURO ARDAO

**L**a preocupación por la historia de las ideas filosóficas en América es cosa reciente.

Cierto es que ya a fines del siglo pasado había movido el interés de algunos raros espíritus: Silvio Romero en Brasil, Enrique José Varona en Cuba, Agustín Rivera, Emilio Valverde Téllez y Agustín Aragón en México. Cierto es también que en los primeros lustros de éste dió lugar a trabajos significativos, como los del peruano Francisco García Calderón y de los argentinos José Ingenieros y Alejandro Korn. Pero es recién de diez años a esta parte que los esfuerzos en la materia se generalizan en casi todos los países, hasta llegar a constituir uno de los más característicos movimientos en la actividad filosófica del continente.

Tres países son los puntales de ese movimiento historicista: Argentina, México y Cuba.

En Argentina, fuera de reeditarse a clásicos como Lafinur y Fernández de Agüero, han participado en la reconstrucción

En Cuba se han reeditado los clásicos cubanos J. A. Caballero, F. Varela y J. de la Luz y Caballero, tarea acompañada de una intensa investigación de la historia filosófica nacional en la que participan: M. Vitier, R. Agramonte, F. Lizaso, H. Piñera Llera, R. García Bárcena. Estimula esa investigación la Sociedad Cubana de Filosofía.

Ocupanse además de estas indagaciones: J. Cruz Costa y Camilo de Oliveira Torres, en Brasil; G. Francovich, en Bolivia; J. Muñoz Rayo, en Chile; R. Insúa Rodríguez, en

histórica del pensamiento filosófico nacional; C. Alberini, R. Orgaz, E. Martínez Paz, R. D. Carbia, J. Chiabra, A. Palcos, D. Varela Domínguez de Ghioldi, J. R. Zamudio Silva. La más reciente nota la constituyen las actividades del Ateneo Filosófico de Córdoba. Desde la cátedra "Alejandro Korn" del Colegio Libre de Estudios Superiores ha alentado esta clase de estudios en escala continental, Francisco Romero.

En México, inició Samuel Ramos un movimiento que recibió gran impulso con la incorporación a dicho país del español José Gaos. Este ha animado la investigación del pasado filosófico no sólo de México sino de toda América, desde el Seminario del Pensamiento en los Países de Lengua Española, de El Colegio de México. Con sede en la capital mexicana se ha constituido un Comité de Historia de las Ideas en América, que preside Leopoldo Zea, discípulo de Ramos y Gaos y destacado investigador del positivismo en México.

En el Tercer Congreso Interamericano de Filosofía, habiéndose realizado el Primero en Port-au-Prince, Haití, en setiembre de 1944 y el Segundo en Nueva York en diciembre de 1947. Tratará sólo tres puntos: Existencialismo, Conocimiento Científico y Filosofía Americana. Este último, a su vez, comprende dos apartados, uno de los cuales es "El interés por el pasado", planteado en estas interrogantes: "¿Está ligada la suerte de la filosofía americana a la elaboración de una historia de sus ideas? ¿Qué resoluciones prácticas

de ser: el prestado, o algo peor, impuesto por tres siglos de dominación colonial, y el propio, programático todavía, que se empeña en alcanzar por las vías más violentas y rápidas.

Se trata de un período de transición, necesariamente crítico, en el que parece nos encontramos aún, a pesar de todos los esfuerzos realizados. Período de planteamiento brusco y acumulativo de problemas, muchos de los cuales se siguen replanteando en nuestros días, sin que hasta ahora se les haya dado solución. Período, por otra parte, en el que se encuentran las raíces de muchas de nuestras cualidades y al mismo tiempo de muchos de nuestros defectos.

Del punto de vista del pensamiento, dicho período hubo de ser forzosamente polémico, desde que obligó a la discusión apasionada de ese conjunto de problemas agolpados por la incorporación de Latinoamérica a las nuevas corrientes sociales, políticas y educativas, una vez alcanzada la independencia política frente a España. Esto fué especialmente característico de la etapa romántica, en la generación de educadores y pensadores que actúa entre 1840 y 1860. La etapa positivista fué su desenlace histórico, desde que se presentó como el ensayo práctico de la formación de un nuevo orden que fuese digno sustituto del repudiado orden colonial.

\*\*\*

Del interés múltiple que este libro ofrece, guiamos al

da nacional entre el espiritualismo y el positivismo, registrando ideas de los sostenedores de una y otra doctrina. De Prudencio Vázquez Vega, Secundino Viña y Angel Solla en campo espiritualista. De José Pedro Varela, Carlos M<sup>o</sup> de Pena, Angel Floró Costa, José T. Piaggio, José Arechavaleta, Julio Jurkowski, Martín C. Martínez, Rosalío Rodríguez y Eduardo Fernández en campo positivista. "Idealismo contra positivismo. La elección habría que hacerla de una o de otra doctrina. Su finalidad ya la sabemos: regenerar la moral de la república."

Aplicando su método acostumbrado —que supone, con acierto, la estrecha conexión del pensamiento filosófico con la vida histórica coetánea— el autor relaciona constantemente esos movimientos de ideas con las circunstancias reales atravesadas entonces por nuestro país. Las referencias al respecto arrancan de la Guerra Grande y llegan hasta el umbral de este siglo. Desfilan así los nombres de Rosas, Venancio Flores, Bernardo Berro, José Ellauri, Lorenzo Latorre, Máximo Santos, Máximo Tajes, Juan Lindolfo Cuestas, José Batlle y Ordóñez, en menciones rápidas pero oportunas que mantienen presente el fondo histórico en que el proceso filosófico se inserta.

Por diversas y obvias circunstancias la documentación en que Zea debió basarse —recogida en la visita que hiciera al Uruguay en 1945— fué necesariamente limitada. De

cipan: M. Vitier, R. Agramonte, F. Lizaso, H. Piñera Llera, R. García Bárcena. Estimula esa investigación la Sociedad Cubana de Filosofía.

Ocupáanse además de estas indagaciones: J. Cruz Costa y Camilo de Oliveira Torres, en Brasil; G. Francovich, en Bolivia; J. Muñoz Rayo, en Chile; R. Insúa Rodríguez, en Ecuador; D. Cruz Vélez en Colombia; L. Villalba Villalba, en Venezuela; D. Domínguez Caballero, en Panamá.

Dos hechos muy actuales revelan aún todo el interés e importancia que se tiende a atribuir al asunto. Sobre la base de expresivas consideraciones, el Congreso Universitario Latinoamericano celebrado en Guat mala en setiembre último, recomendó: "Que las Universidades latinoamericanas incluyan en el curriculum de sus respectivas Facultades de Filosofía la asignatura Historia de las Ideas Filosóficas en Latinoamérica." Por su parte, el Congreso filosófico a realizarse en México en enero próximo, ha destacado en su agenda muy especialmente este tema.

De la reunión tendrá el ca-

puntos: Existencialismo, Conocimiento Científico y Filosofía Americana. Este último, a su vez, comprende dos apartados, uno de los cuales es "El interés por el pasado", planteado en estas interrogantes: "¿Está ligada la suerte de la filosofía americana a la elaboración de una historia de sus ideas? ¿Qué resoluciones prácticas pueden proponerse para fomentar la necesaria cooperación internacional en lo tocante a la elaboración de una historia de las ideas?"

\*\*\*

Aporte de gran valor a este movimiento historicista —en cuyo significado para la emancipación mental y espiritual de América no vamos a entrar aquí— es la recién aparecida obra del mexicano Leopoldo Zea: "Dos Etapas del Pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo." Obra que dentro del citado movimiento pertenece al todavía muy corto número de las que aspiran a captar, no tal o cual proceso nacional, sino el proceso continental de conjunto. Considerado, en este caso, en el fragmento de su recorrido que constitu-

co". De ellos partió el interés por un estudio general del positivismo en el continente que dió por fruto la obra de ahora. El propio Zea se explica así: "Vista la forma como los mexicanos reaccionaron y se asimilaron al positivismo, era interesante comparar esta reacción y esta asimilación con la realizada por otros pueblos de Iberoamérica, en los cuales había influido también." ("Pero —agrega— una vez puestos a trabajar sobre el positivismo en Hispanoamérica, éste no se explicaba y hasta carecía de sentido si no se analizaba una etapa de nuestro pensamiento que le era previa, la que lleva el nombre general, aunque no muy preciso, de romanticismo.")

La conclusión general a que llega el autor, es que quizá ningún otro período de nuestra historia como el constituido por esas dos etapas correlacionadas, expresa mejor la naturaleza conflictual propia del hombre hispanoamericano. Este se siente entonces espiritualmente desarticulado, partido en dos y sin junta posible, por el hondo antagonismo que se establece en

y 1860. La etapa positivista fué su desenlace histórico, desde que se presentó como el ensayo práctico de la formación de un nuevo orden que fuese digno sustituto del repudiado orden colonial.

\*\*\*

Del interés múltiple que este libro ofrece, queremos subrayar en esta ocasión el constituido para nosotros, los uruguayos, por la circunstancia de abordarse en él por primera vez, en forma expresa, el estudio de nuestro positivismo.

Este estudio forma un capítulo que lleva por título "El positivismo y la nueva moral hispanoamericana." Estimamos a Zea que en nuestro país fué ante todo en el terreno de la moral política que jugó su papel el positivismo. Pasando revista a la diversidad de criterio con que éste fué adoptado en los distintos países, expresa: "En el Uruguay el positivismo se enfrentó a la corriente llamada espiritualista. La polémica giró en torno a la capacidad de ambas doctrinas para moralizar al país, agitado por múltiples cuartelazos y corrupciones de todo género."

En Cuba se rechaza el comulismo y se adopta el positivismo inglés, en relación con el interés político perseguido por los forjadores de la emancipación política de la Isla. En México, el comulismo es aceptado en el campo educativo, mientras que en el campo político es el evolucionismo spenceriano el que principalmente se sigue. En la Argentina ocurre algo análogo en cuanto a la distribución de influencias, aunque con características muy diferentes en los procesos concretos. En Chile, Bolivia, Perú, Paraguay, Colombia, Venezuela y Ecuador, el positivismo actúa como una doctrina liberal. En cuanto al Uruguay, "se destaca el positivismo sajón como instrumento al servicio de la moralización de la república."

De acuerdo con esa idea directriz —que reitera en el mencionado título del capítulo respectivo— destaca distintos aspectos de la clásica contien-

presente el fondo histórico en que el proceso filosófico se inserta.

Por diversas y obvias circunstancias la documentación en que Zea debió basarse —recogida en la visita que hiciera al Uruguay en 1945— fue necesariamente limitada. De ahí ha surgido una visión limitada también de nuestro positivismo. Ello no ha escapado, claro está, al propio autor. Admitiendo la existencia de inevitables lagunas, expresa: "En realidad, trabajos de esta naturaleza sólo podrán ser perfectamente realizados cuando se hayan escrito las historias de las ideas, el pensamiento y la filosofía de cada uno de nuestros países, y de la comparación de todas ellas se deduzca lo que las caracteriza como miembros de esa comunidad llamada Hispanoamérica, Iberoamérica o América."

El positivismo —y lo mismo cabría decir del espiritualismo— tuvo en nuestro país otra amplitud y otras significaciones. Irradiando desde la Universidad y desde centros culturales como el Ateneo y la Sociedad Universitaria influyó profundamente en la vida educacional, moral, política, religiosa y aún literaria de la nación. Desde la independencia hasta ahora ninguna otra coyuntura intelectual ha tenido en el país mayor importancia. Y no ha sido propósito del filósofo mexicano abordarla en todos sus aspectos.

Justo es decir, sin embargo, que la sagacidad de Zea le ha permitido extraer el máximo provecho del material manejado. Reconociendo que "la labor exhaustiva correspondió a los investigadores de los distintos países de nuestra América", ha llevado a cabo una síntesis de alto mérito, que marca un jalón en el movimiento de historia de la filosofía en el continente. En nuestro país tendrá la virtud de llamar la atención, con autorizada palabra, sobre temas todavía harto huérfanos del interés de la inteligencia nacional.

ARTURO ARDAO

# Campiglia y Sommaschini

S. A.

ESTABLECIMIENTO  
FOTOMECANICO

San José 1118